

confianza contar a Dios sus problemas sin pedirle nada y dejarle hacer: “ya no debo pedir nada a Jesús: me limitaré a darle gusto en todo y a contarle las cosas, como si Él no las supiera, lo mismo que un niño pequeño a su padre” (*Apuntes íntimos*, n. 416: AVP, I, p. 400). Sin embargo, en otra etapa de su vida espiritual, en su enseñanza habitual recalca que abandonarse no era dejar de luchar –una actitud así llevaría, no al abandono sino a la acedia–, e insistía en la importancia de la oración de petición y en el deber de poner todos los medios humanos, todo el empeño posible, abandonando el resultado, el éxito o el fracaso en las manos de Dios: “Cuando te abandonas de verdad en el Señor, aprenderás a contentarte con lo que venga, y a no perder la serenidad, si las tareas –a pesar de haber puesto todo tu empeño y los medios oportunos– no salen a tu gusto... Porque habrán “salido” como le conviene a Dios que salgan” (S, 860). Vio siempre un ejemplo de esta actitud en san José, que, como manifiestan los Evangelios, “se abandonó sin reservas en las manos de Dios”, fue dócil a los planes que Dios le iba comunicando, poniendo a su servicio el entendimiento, y una actitud activa (cfr. ECP, 42).

*Voces relacionadas:* Filiación divina; Infancia espiritual; Voluntad de Dios.

**Bibliografía:** AD, 142-153; ECP, 39-56; VC, *passim*; AVP, *passim*; CECH, *passim*; CONGREGACIÓN PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, “Decreto sobre las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer”, 9-IV-1990, AAS, LXXXII (1990), pp. 1450-1455; Javier ECHEVARRIA, “El Santo de la vida ordinaria. La figura de San Josemaría Escrivá de Balaguer en los textos magisteriales”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 40 (2005), pp. 101-129; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1994.

Ana DE ZABALLA BEASCOECHEA

## ACADEMIA Y RESIDENCIA DYA

1. Precedentes. 2. La Academia. 3. La Academia y Residencia.

DYA –siglas de “Derecho y Arquitectura”– es el nombre que dio san Josemaría Escrivá de Balaguer a la primera obra corporativa o iniciativa apostólica de carácter institucional del Opus Dei. Comenzó en diciembre de 1933 con la apertura de una academia de preparación universitaria en la calle Luchana de Madrid. En octubre de 1934 se trasladó a la calle Ferraz, 50, donde se amplió con una residencia universitaria. Allí permaneció dos cursos académicos hasta que, en el mes de julio de 1936, cambió de sede, esta vez al número 16 de la misma calle Ferraz. Ese mismo mes estalló la Guerra Civil española y DYA fue clausurada.

### 1. Precedentes

San Josemaría difundió el mensaje de la llamada universal a la santidad desde el comienzo del Opus Dei. Lo llevó a cabo a través de la amistad, la dirección espiritual y la predicación. Sus primeros destinatarios fueron las personas que se acercaban a él: alumnos que frecuentaban la Academia Cicuéndez, donde san Josemaría daba clases de Derecho Romano; sacerdotes seculares, conocidos por motivos pastorales en Madrid; y jóvenes profesionales que acudían a su encuentro buscando una orientación espiritual.

El crecimiento de su trabajo sacerdotal hizo que fuese muy conveniente la adquisición de un local donde pudiera formar mejor a las personas que se mostraban interesadas en conocer y vivir el espíritu del Opus Dei. A esta necesidad se unieron otras razones que dieron lugar al proyecto de DYA. Por una parte, san Josemaría llegó a la conclusión de que, para alcanzar lo antes posible el horizonte universal del Opus Dei, debía prestar mayor atención a la labor apostólica con universitarios. Por

otra, deseaba que las personas que recibieran formación cristiana a través de la Obra lo hicieran a título personal, sin constituir parte de una asociación religiosa o grupo; sólo les uniría el deseo de formar su conciencia en las verdades de la fe y del espíritu de santidad en medio del mundo que difundía el Opus Dei.

En el verano de 1932, san Josemaría consideró la idea de abrir una academia privada de preparación universitaria. Sería una iniciativa secular, no eclesiástica. Y se registraría civilmente, de modo que no provocara alarma el hecho de que un grupo de universitarios se reuniese en un local, cosa que podía ser vista con suspicacia por la autoridad civil debido a la convulsa situación que atravesaba España en ese momento.

A lo largo del curso 1932-1933, san Josemaría impulsó la apertura de esa academia universitaria. El comienzo de su labor de formación con gente joven a través de clases o círculos de formación cristiana, y la participación de dichos jóvenes en las catequesis para niños le ayudaron a conocer personas que más tarde acudirían a la academia. El nombre que pensó para el centro académico fue DYA: las siglas, que hacían referencia a las clases de “Derecho y Arquitectura”, fueron para san Josemaría y para los primeros miembros del Opus Dei un acto de fe. DYA –les dijo Escrivá– significaba para ellos “Dios y Audacia”.

## 2. La Academia

Después de numerosas búsquedas, san Josemaría encontró un local adecuado en un bajo de la calle Luchana, 33, esquina a la de Juan de Austria. El inmueble se alquiló a nombre de Isidoro Zorzano, uno de los primeros fieles del Opus Dei. La bendición de la sede de la Academia DYA tuvo lugar el 8 de diciembre de 1933. Ricardo Fernández Vallespín, estudiante del último año de Arquitectura, fue nombrado director de esta iniciativa.

El alquiler mensual de la Academia se cubrió gracias al dinero aportado por san Josemaría, los primeros del Opus Dei que eran profesionales –sobre todo Isidoro Zorzano y José María González Barredo– y los donativos de alguna familia conocida.

La Academia estaba formada por seis habitaciones –una sala de estudio, un aula, una sala de visitas y tres despachos– más una cocina y un baño. San Josemaría llevó allí algunos muebles de la casa de su madre y unos cuantos enseres más que le dio una amiga de su familia. También se buscaron muebles de segunda mano y otros objetos en el Rastro de Madrid. El despacho que utilizaba el sacerdote tenía una mesa-buró pequeña, una lámpara y dos o tres asientos; sobre la pared había una cruz de palo, sin crucifijo y, cercano a esta pared, un reclinatorio. Allí recibía a los estudiantes que deseaban conversar con él o confesarse.

La Academia pronto comenzó sus actividades. Se dieron clases particulares de algunas asignaturas de los cursos preparatorios de Arquitectura. Los estudiantes que acudían escucharon con frecuencia que, si deseaban colaborar para que reinase el espíritu cristiano en la sociedad, necesitaban una sólida preparación profesional. A eso debían aspirar los católicos que se dedicasen al desarrollo de la cultura y la ciencia: “Antes, como los conocimientos humanos –la ciencia– eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo sabio pudiera hacer la defensa y apología de nuestra Santa Fe. Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia. –Tú... no te puedes desentender de esta obligación” (C, 338, que recoge un texto de junio de 1932). Es más, debían entender que su actividad académica era el campo donde Dios les llamaba a dar lo mejor de sí mismos: “Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación

grave” (C, 336, que cita un texto de enero de 1934).

San Josemaría coordinó y muchas veces dirigió la formación cristiana que se impartía en la Academia. Dio numerosas clases de formación cristiana –varias cada semana– e impulsó a los asistentes a participar en actividades de carácter social y obras de misericordia como las catequisis o las visitas a enfermos. Un sacerdote amigo suyo, Vicente Blanco, impartió un curso sobre apologética para universitarios. Además, Escrivá repartió entre los chicos dos folletos que había redactado. Uno se titulaba *Consideraciones espirituales*, el precedente de *Camino*. Tenía 246 máximas espirituales a las que añadió 87 más en junio de 1933. El otro folleto era *Santo Rosario*, que había editado por primera vez en febrero de 1932.

San Josemaría creó un ambiente familiar que resultaba agradable a quien pasaba por la Academia. Pedía a los chicos que acudían que estuviesen unidos en el amor de Jesucristo. Hizo poner en un cuadro las palabras de la Última Cena: “Un Mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros” (Jn 13, 34-35). Unos amigos fueron trayendo a otros, y llegaron a ser más de ochenta los chicos que participaron en alguna reunión de carácter formativo, tanto profesional como religioso, durante los nueve meses en los que la Academia estuvo abierta en la calle Luchana.

Cuando llegó el verano de 1934, san Josemaría quiso continuar el trato con los que frecuentaban la Academia. Nació así la idea de *Noticias*, unas hojas multicopiadas que se distribuían entre los estudiantes que iban por DYA y que daban noticias de unos y otros. De este modo, se mantenía el contacto entre todos durante la pausa estival. Esta idea se volvió a repetir el año siguiente, cuando ya estaba en marcha la Residencia.

### 3. La Academia y Residencia

Al poco tiempo de abrir la Academia, san Josemaría propuso a los miembros de la Obra que iniciasen una residencia de estudiantes en el siguiente curso académico. Con fe en Dios y en sus palabras, asintieron a este nuevo reto apostólico. En el mes de septiembre de 1934, alquilieron tres pisos de la calle Ferraz, 50, al propietario del inmueble, Javier Bordiú, un ingeniero de Minas que vivía en la planta principal del mismo edificio. Dos de los pisos se destinaron a la Residencia y el tercero a albergar la Academia. Las dificultades económicas para sacarlo adelante fueron enormes. San Josemaría consultó y consiguió que su familia destinara una parte de su patrimonio –la herencia recién recibida de un hermano de don José Escrivá– para sufragar este proyecto. Los pocos miembros de la Obra que trabajaban, como Ricardo Fernández Vallespín, Isidoro Zorzano o José María González Barredo, aportaron el dinero que les fue posible. Con todo, la ropa de cama para la Residencia se tuvo que comprar a crédito en unos grandes almacenes, y los muebles se fueron adquiriendo a medida que iban llegando los residentes y pagaban sus matrículas de ingreso.

Los acontecimientos políticos y sociales también hicieron mella en la Residencia DYA. La Revolución de Octubre de 1934 paralizó Madrid los primeros días de ese mes, y retrasó el inicio de las clases en la Universidad. Cuando comenzaron, sólo un estudiante había pedido plaza en la Residencia. En el mes de enero de 1935, los residentes eran ocho. Ricardo Fernández Vallespín, que era el director, tuvo que cancelar el alquiler del piso de la Academia porque no podían afrontar ese gasto, y ésta pasó a los locales de la Residencia. En el mes de abril las cosas comenzaron a mejorar, pues llegaron a los catorce residentes.

La mejora coincidió con la realización de un sueño acariciado largamente por san Josemaría: por primera vez iba a tener a Je-

sús Sacramentado en un Centro del Opus Dei. Después de conseguir los oportunos permisos en el obispado de Madrid-Alcalá, se erigió un oratorio en la Residencia. El 31 de marzo de 1935, san Josemaría celebró la Misa y se dejó reservado el Santísimo. Fue un día de gran alegría. Mes y medio más tarde, comentaba: “Desde que tenemos a Jesús en el Sagrario de esta Casa, se nota extraordinariamente: venir Él, y aumentar la extensión y la intensidad de nuestro trabajo” (AVP, I, p. 546).

Un folleto impreso ese curso explicaba que la Residencia “pretende dar a los estudiantes una eficaz formación religiosa, profesional y física” (MARTÍN DE LA HOZ - REVUELTA SOMALO, 2008, p. 301). La formación religiosa se realizó a través de diversos medios como las clases de formación cristiana, las meditaciones o los retiros mensuales. Más de cien jóvenes participaron en estas actividades. Con la experiencia que iba adquiriendo, a la que se unía su vida de oración, san Josemaría redactó la *Instrucción sobre la obra de San Rafael*, destinada al trabajo apostólico con la juventud; está fechada el 9 de enero de 1935. También hubo encuentros formativos con jóvenes profesionales con la idea de comenzar la obra de San Gabriel, destinada a personas que ya iniciaban su actividad profesional; en muchos casos con el matrimonio como horizonte.

La vida académica fue un punto de apoyo firme, tanto para los residentes como para los amigos y conocidos, que pasaban numerosas horas estudiando en las habitaciones o en la biblioteca de la Academia. Tenían muy presente lo que san Josemaría había publicado en *Consideraciones espirituales*: “Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración” (texto inspirado en uno anterior que san Josemaría había redactado en julio de 1932; luego pasó a ser el número 335 de *Camino*). También se dieron clases en la Academia, sobre todo a jóvenes es-

tudiantes que hacían cursos preparatorios en Arquitectura, Ingeniería o Medicina.

El 2 de mayo, san Josemaría, Ricardo Fernández Vallespín y José María González Barredo fueron a Ávila para agradecer a Dios, a través de la Virgen, los favores que habían recibido ese año. Hicieron una romería al santuario de Sonsoles. Ese día, san Josemaría estableció que fuese una costumbre del Opus Dei que todos sus fieles hicieran una romería cada mes de mayo.

El comienzo del curso académico 1935-1936 en DYA fue diferente al del año anterior. Las veinte plazas de la Residencia se ocuparon desde el principio, y los amigos y conocidos que iban y venían fueron numerosos. Se hizo necesario habilitar un piso para la Academia y, al no encontrarse libre el que había alquilado el año anterior, Ricardo Fernández Vallespín encontró otro en la misma calle Ferraz, 48. Más de ciento cincuenta chicos participaron a lo largo de ese año académico en cursos de formación profesional o cristiana. De entre éstos, algunos se habían acercado a la Obra en el verano de 1935, como Álvaro del Portillo o José María Hernández Garnica, y otros lo hicieron antes de fin de año, como Pedro Casciaro o Francisco Botella.

Los universitarios que iban por DYA tenían ideas políticas diversas, sin que hubiese entre ellos personas que defendieran a partidos contrarios a la Iglesia. El contraste entre la agitada situación política del momento y la calma de la Residencia les llamaba la atención. Por indicación expresa de san Josemaría, en las reuniones colectivas de los residentes no se hablaba de política. Emiliano Amann, un chico de Bilbao de dieciséis años que estudiaba el curso preparatorio de Arquitectura y vivía en DYA, recordaba tiempo después “la verdadera vida de familia que existía en aquella Residencia de Ferraz 50; el modo extraordinario de vivir la fraternidad entre todos, superando las diferencias regionales y políticas propias de aquellos años en

España; el ambiente de estudio que reinaba en la Residencia y la ayuda y consejo que nos proporcionaban los que estaban en cursos superiores” (MARTÍN DE LA HOZ - REVUELTA SOMALO, 2008, p. 313). Los residentes aprendieron a convivir, y disfrutaron de momentos de esparcimiento, sobre todo con las excursiones –la primera de ese curso fue al monasterio de El Escorial– y algunos ratos de deporte.

Después del triunfo del Frente Popular en las elecciones generales de febrero de 1936, la inestabilidad social creció. El “pistolero” –asesinatos a sangre fría perpetrados en la calle y a plena luz del día– se hizo tristemente frecuente. Aunque la situación exigía prudencia, san Josemaría no dejó de impulsar el desarrollo del Opus Dei. Concretamente pensó que había llegado el momento de abrir dos Centros más, uno en París y otro en Valencia. En el mes de junio, Isidoro Zorzano fue nombrado director de DYA, y Ricardo Fernández Vallespín se fue a Valencia para empezar una residencia semejante en aquella ciudad. También durante ese mes –el día 17– se firmó la escritura de compra de la que iba a ser la nueva sede de DYA: el inmueble de la calle Ferraz, 16. Pero, cuando estaban acabando de trasladarse de la antigua sede a la nueva, comenzó la Guerra Civil. Los posteriores destrozos que sufrió el edificio, que se encontraba muy cerca de la primera línea de defensa del frente de Madrid, hicieron imposible que DYA volviese a la vida después del conflicto armado. Acabada la Guerra, en 1939 fue sustituida por la Residencia Universitaria Jenner.

*Voces relacionadas:* Actividad del Opus Dei; Fernández Vallespín, Ricardo; Instrucciones (obra inédita); Madrid (1927-1936).

**Bibliografía:** AVP, I, pp. 508-594; Constantino ÁNCHEL, “Fuentes para la historia de la Academia y de la Residencia DYA”, SetD, 4 (2010), pp. 45-101; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Madrid, Ariel, 2002; José Carlos MARTÍN DE LA HOZ - JOSÉ MARÍA REVUELTA SOMALO, “Un estu-

dante en la Residencia DYA. Cartas de Emiliano Amann a su familia (1935-1936)”, SetD, 2 (2008), pp. 299-358.

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN

## ACCIONES DE GRACIAS

1. El reconocimiento de los dones divinos, condición del progreso espiritual. 2. Importancia de las acciones de gracias.

En la teología moral, el agradecimiento se considera como parte potencial de la virtud de la justicia. Según san Josemaría, la justicia nos lleva a considerar nuestra dependencia de Dios y a reconocer los abundantes bienes que nos concede, para llenarnos de agradecimiento y de deseos de responder a un Padre que nos ama hasta la locura; esto suscita el espíritu de piedad filial que nos hará tratar a Dios con ternura de corazón (cfr. AD, 167). Sintetiza así su honda comprensión de las relaciones entre agradecimiento, amor de Dios y filiación divina. Y, a la vez, ayuda a percibir que, como consecuencia de la universal paternidad de Dios, la virtud cristiana de la justicia nos empuja a mostrarnos agradecidos, afables, y generosos con los demás (cfr. AD, 169).

### 1. El reconocimiento de los dones divinos, condición del progreso espiritual

Los escritos de san Josemaría destacan que la persona agradecida posee una honda humildad personal (cfr. ECP, 3) y la conciencia de su propia pequeñez (cfr. F, 174), que le hace recibir todo como un don inmerecido (cfr. F, 365), ya sea una alegría o una pena, venga de Dios o, aparentemente, de los hombres (cfr. C, 658 y C, 894). Al percibir el don recibido, esta persona es consciente del amor que el don expresa, y responde con un amor agradecido que se vierte en acciones de gracias (cfr. F, 904). La clave, por tanto, de las acciones de gracias propias de la virtud del agradecimien-

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.